

## **Discurso pronunciado Alejandro Treszezamsky el 14 de septiembre de 2001 en la celebración por el décimo aniversario del egreso de la promoción 1991.**

A pesar de mi alejamiento de la complejidad del álgebra y el cálculo matemático, hace algunos meses me sorprendí *in fraganti* en el acto de calcular. El proceso mental se debió a cabo en su mayor parte inconscientemente porque no recuerdo haber tenido la sensación del esfuerzo que precedía a la obtención del número buscado en mis años de Colegio. Fue casi como una revelación: en la pantalla de mi conciencia titiló, brillante, el número diez. ¿Y cuál fue operación matemática que había estado realizando durante esas semanas para llegar a ese peculiar resultado? Ni  $2 \times 5$ , ni la raíz cuadrada de 100. Fue 2001 – 1991, la diferencia que representa el lapso medido en años transcurrido desde nuestro egreso de estos claustros hasta hoy.

¿Y qué hay de especial en el diez? ¿Por qué este número nos ha convocado a reunirnos aquí y ahora para reencontrarnos con personas que, en muchos casos, no habíamos visto en todos estos años? Imagino a un conocido diciendo con rigores matemáticos y cierto desdén que diez no es más que el primer número de dos cifras del sistema decimal de numeración; que si utilizáramos cotidianamente el sistema binario habríamos hecho la reunión al segundo año; y agregaría que si utilizáramos un sistema sexagesimal aún faltarían 50 años más. Para colmo, no ya un matemático sino el mismísimo Carlos Gardel nos canta que “veinte años no es nada”. ¡Y no hay que ser matemático para saber que la mitad de nada es nada!

Pero la reunión por el décimo aniversario no es sólo consecuencia de un sistema numeral. Así como nuestro paso por el colegio marcó el fin de la infancia y nuestro paso por la pubertad y adolescencia, estos últimos 10 años han representado nuestra juventud y lo que hemos podido construir con las herramientas que habíamos obtenido antes. De un modo general, podríamos decir que ahora, 10 años después, y cuando nos acercamos a la cuarta década de nuestras vidas, vamos entrando en la adultez. Creo que eso nos da una perspectiva interesante para volver a echar una mirada a sobre nuestros años en el Colegio, una perspectiva que no podíamos tener antes.

¿Qué ocurría en nuestras vidas en esos años? ¿Qué presenciaban, silenciosas, las columnas? ¿Qué ecos devolvían las paredes de los claustros? El desarrollo físico y mental de la adolescencia, la disciplina y el estudio, el encuentro con los libros que cada uno considera sus “clásicos”; pero, además, la rebeldía, la crítica, el pensamiento independiente, la expresión de los ideales y las acciones destinadas a concretarlos, el despertar de la vocación, la manifestación del talento, el forjamiento de algunas férreas amistades, el despertar sexual y el descubrimiento del amor.

Lo que ha ocurrido después, en estos 10 años, es lo que tenemos la oportunidad de averiguar ahora. Miguel Cané (hijo) en Juvenilia se preguntaba: “¿Por dónde la Universidad era capaz de presentar un cuadro de aventuras, de diabluras, como las que ilustraban los anales del Colegio?” ¿Qué carrera universitaria seguimos? ¿Cómo nos metimos en el crudo mundo del trabajo? ¿En qué quedaron aquellos ideales? ¿Cuáles son nuestras “aventuras” y “diabluras” actuales? ¿Seguimos en el mismo barrio? ¿Se mantienen las amistades de entonces? ¿Y las parejitas? ¿Cuántos juegan ahora para el equipo de casados y cuantos siguen en el de solteros? ¿Cuántos hemos traído niños al mundo, quizás futuros ex-alumnos? Creo que recién ahora podemos echar una mirada hacia atrás capaz de registrar nuestra propia y personal Juvenilia. Y, quién sabe, quizás eso nos dé indicios acerca de cómo será la continuación. En algunos años, ¿alguien se animará a publicar su “Adultilia”?

Cuando empezamos a organizar esta reunión nos dimos cuenta de los muchos compañeros que no vendrían porque ya no viven cerca. La mayoría de ellos se fueron

del país. Sabemos también que entre los que estamos acá muchos consideran la posibilidad cierta de irse. Nos entristece esta perspectiva causada por la situación económica y la falta de oportunidades para desarrollar el potencial personal. No es solamente una fuga de cerebros sino el alejamiento de tantos seres queridos lo que duele.

Que los últimos diez años han significado para nuestro país la profundización de una debacle hoy nadie lo duda. Creo que, con la misma falta de originalidad con que Hollywood hace nuevas versiones de viejas películas, los argentinos hemos repuesto en los últimos tiempos un clásico de los años '30. Quizas algunos piensen que se trata de "El planeta de los simios" pero me apresuro a aclarar que me refiero a "la década infame".

Y sin embargo, el desastre del período 1991-2001 no está desligado de lo que pasaba en el país en los años en que poblábamos estas aulas. Recuerdo puntualmente dos hechos políticos que presagiaban lo que vendría. El primero, Semana Santa del '87. Allí claudicó la esperanza del resurgimiento democrático, que sólo duró cuatro años, y marcó el retorno de las viejas corporaciones al poder. El segundo, en el '89, con el inicio del gobierno de quien prometió para el país el salarizado y un lecho de rosas. Y, aunque no cumplió lo primero, lo segundo sí lo hizo, trajo al país los restos de Rosas, el mazorquero que hizo escuela para los asesinos dictadores y guerrilleros que nos plagaron hasta hace tan poco, el pretendido "restaurador de las leyes" que impidió la organización constitucional del país, el reaccionario que forzó el exilio de los jóvenes ilustrados de su época, muchos de ellos formados en estos claustros, como Esteban Echeverría, José Mármol, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané (padre) y Juan Bautista Alberdi.

Fue todo un símbolo y, en actitud consecuente, el ministro de economía de aquel gobierno (que casualmente tiene el mismo apellido que el actual) mandó a lavar los platos a los científicos ante sus reclamos. Evidentemente, muchos han preferido ir a otros países, donde la vajilla la lavan las máquinas y ellos pueden dedicarse a la ciencia. Imposible reprocharles por no quedarse y luchar. En primer lugar porque creo que los que estamos aún aquí no hemos luchado bien, quizás nos miramos demasiado el ombligo. En segundo lugar porque, como decía Miguel Cané en Juvenilia: "Cada uno debe seguir la vida que su índole le impone, porque es la única en que puede desenvolverse la fuerza relativa de su espíritu".

Fue en esta última década cuando se vendieron las joyas de la abuela, pero, como la codicia exigía, también se vendieron sus muebles, sus objetos queridos y finalmente, a la abuela misma. Así estamos. Fue la década de la corrupción y la impunidad. Se llevaron todo. Y lo más triste es que incluso parece haberse agotado la esperanza, que es lo último que se pierde, porque como dijo Discépolo "¡Chorra! Te robaste hasta el amor".

Pero si la malaria se aguanta y se recupera la honestidad y un poco de independencia, entonces quizás sea posible revertir la tendencia y los que han tenido que irse vuelvan al país, a trabajar con su capacidad y, ojalá, al Colegio, a transmitir su saber y a reencontrarse con sus compañeros. Porque, Miguel Cané *dixit*, "las preocupaciones se van y los instintos quedan".

Y, ya que comparto estos deseos con ustedes, me es imposible dejar de mencionar el suceso de hace tres días, probablemente el acto terrorista más terrible de los últimos tiempos, y formular un deseo, acaso una propuesta: que cuando se desparrama el odio, de nuestra parte ofrezcamos solidaridad; que cuando se impone el fanatismo, desde este Colegio promovamos la razón y que cuando reina la oscuridad, desde esta manzana mostremos las luces.

Volviendo a los aquí presentes, es una inmensa alegría este reencuentro de compañeros, una emoción difícil de describir, porque pocas sensaciones se comparan con el recuerdo mágico del Colegio, experiencia que se vive solamente a una edad determinada. Entonces lo que gusta es *estar* en él, aunque sea sin hacer nada. Uno incluso disfruta los momentos menos vibrantes o más fallidos, como esas noches de sábado, cuando intentábamos dos o tres jodas con la barra de amigos y ninguna salía bien, pero quedaba el grato calorcito por estar ahí y haberlo intentado juntos.

Termino estas palabras nuevamente con Cané: “Bendigo mis años de Colegio, y ya que he trazado estos recuerdos, que la última palabra sea de gratitud para mis maestros y de cariño para los compañeros que el azar de la vida ha dispersado a todos los rumbos”.